

LIBRO XV

SUMARIO

Renace el genio de las conquistas. — Esplendor de las artes y de las letras. — Invasión de las ideas paganas. — Reformas protestante y católica. — Guerras civiles y religiosas. — Restauración de las ciencias.

CAPÍTULO PRIMERO

Aspecto general. — El imperio.

Nuevo campo.

Dilátase el campo sobre el cual dirige la historia su atención. De los imperios del Asia, el chino impera hasta que cae bajo la dominación extranjera (1644); declinan los sofíes de Persia (1500-1722); los Mogoles apenas se sostienen en la India (1526-1739), y sucumben en Occidente: historias parciales todas, de las cuales todavía no puede salir un concepto seguido, esto es, encadenado. El poder de los Turcos que se ha fijado en Europa, formidable por su regular infantería de genizaros y por sus fuerzas marítimas, no ha perdido la esperanza de sustituir la media luna á la cruz sobre las cúpulas de San Esteban y del Vaticano; sin embargo, entra en relaciones con Europa por medio de embajadas y tratados, y comienza á decaer desde que se entibia su fanatismo feroz y sanguinario: Venecia y Hungría le repelen con las armas, y Portugal y España le quitan su comercio con solo trasladarlo del Mediterráneo al Océano.

El descubrimiento de América y el paso por el Cabo de Buena Esperanza, mientras que dan al comercio diferente dirección é introducen en la vida nuevas comodidades y nuevas necesidades, dirigen la política hácia otros intereses en beneficio del tráfico, de las colonias y del dinero que se aumenta. Y esto y el diferente sistema militar y un nuevo derecho público no dejan ya que predomine sobre todos una idea moral, sino que cada Estado se dirige según sus propios intereses á conquistar una provincia, ya á concluir un tratado matrimonial, ya á adquirir una sumisión, y ya á establecer un equilibrio (1).

(1) V. HEEREN, *Manuale storico del sistema politico degli Stati d'Europa e delle loro colonie* (ted.). 1809.

SCHOELL, *Cours d'histoire moderne des Etats européens*. Paris, 1830-34.

FILON, *Histoire de l'Europe au XVII^e siècle*. Paris, 1838.

L. RANKE, *Deutsche Geschichte in Zeitalter der Reformation*. Berlin, 1839.

Terminada la guerra de soberanos con vasallos y de los Comunes con los feudatarios, principian las de pueblo á pueblo, de gobierno á gobierno. Al sistema municipal y al feudal, que todavía prevalecían en la época antecedente, se sustituyen dos ó tres grandes Estados á quienes los demas secundan como satélites. Et pueblo que se dirigió á la industria y á las letras, ya no ocasionó aquellas conmociones interiores que forman la parte dramática de la antigüedad y de la edad média; pero concentrándose los negocios en manos de los príncipes y de los ministros, aparece la política de gabinetes hasta entónces desconocida.

Resultaría monótona la historia de los tiempos modernos, si no se hallasen en ella todas las gradaciones de las formas de gobierno; monarquía hereditaria en Francia y España, electiva en Polonia, ilimitada en Rusia, constitucional en Hungría, nominal en Germania, teocrática en Roma, y feudal en los pequeños Estados Italianos; repúblicas oligárquicas, como la germánica; aristocráticas como Venecia y Génova; una aristocracia militar en la órden Teutónica; pura democracia en Schwitz, Uri y Unterwald; oligarquía mercantil en Lubek. Esta variedad produjo un gran desarrollo en las ideas políticas.

Pero el elemento monárquico va desmoronando las repúblicas; las italianas marchan con violenta declinación; la Suiza, desconcertada, no puede adquirir mas importancia que la que le dan las armas, empleadas ya generosamente en defender su independencia y despues vendidas para amenazar la de los demas. Solo las Provincias Unidas de Holanda se consideran capaces de sostenerse en equilibrio con los grandes Estados. Como estas son todas monárquicas, no es ya el pueblo quien da impulso á las grandes empresas; no domina ya el sentimiento, no las simpatías nacionales, sino los intereses; no los impulsos instintivos de la juventud, sino los cálculos de la edad adulta.

Así la Europa viene á formar un todo cou-

junto, y sobrepuja en mucho á las demas partes del mundo. Poro fácilmente se hubiera convertido en un despotismo universal, si no se hubiese establecido un sistema de gobierno, del cual surgió un nuevo derecho público entre todos los miembros de este cuerpo. No pudiendo ya confiarse á uno solo la garantía de todos los derechos, se establecieron contrapesos que impidiesen á un Estado elevarse sobre los demas; sistema ya usado en Grecia, renovado en Italia, pero que solo en la edad moderna llega á ser regla suprema, despues que habia cesado toda idea mas sublime. Mientras se ve en Asia siempre que al preponderar un Estado se apodera de los otros ó los arrastra tras sí, en Europa por el contrario, y mayormente en la edad moderna, dos ó mas se equilibran, impidiendo que uno solo tiranice; y uniéndose los menores á aquel que hace frente al amenazador, mantienen un equilibrio, no cimentado sobre la igualdad de fuerzas materiales, sino sobre el respeto que se tienen recíprocamente.

De aquí resulta la necesidad de vigilarse unos á otros, de combinar alianzas, de sostener embajadores, tanto que la diplomacia llega á ser el instrumento primario de la conciliación y de la enemistad. De aquí tambien la importancia de los Estados pequeños; y si ántes los matrimonios regios llevaban algun feudo á la corona, ahora cambian las relaciones entre los países é influyen en su historia. Habiendo continuado la costumbre de que los príncipes solo se desposasen con princesas, hubieran podido ingerirse los imperios mas grandes si no se hubiese encontrado el remedio de buscar entre los pequeños príncipes de Alemania enlaces no temidos, y con estos lazos tener en estima á los potentados menos fuertes. El derecho público introducido por la diplomacia, además de las obligaciones del derecho de gentes, descende á conveniencias particulares, y hasta un imprescindible ceremonial, que á primera vista parece ridiculo; pero sirve para proteger ó á lo menos atestiguar la independencia política de cada Estado.

Aunque los Estados mayores tratasen de apoderarse de los pequeños por medio de conquistas ó matrimonios, las monarquías de absorberse las repúblicas, los países hereditarios á los electivos, continuaba, sin embargo, reconociéndose á toda nación la legitima propiedad de sí misma; así es que cuando fué violada con el repartimiento de Polonia, no solo resultaron quejas sino desgraciados trastornos.

Esta legitimidad imprescriptible, los tratados parciales y las conveniencias nacionales son los fundamentos del derecho nuevo; fundamentos arbitrarios y repugnantes entre sí mismos, aunque cada uno pretenda ser el mas esencial; y de aquí que cada ambicioso pudiese seguir uno á otro según convenia mejor á su interes, y ocasionar de este modo guer-

ras, que si no eran justas, al ménos se proclamaban como legítimas.

En medio de los intereses particulares aun existian algunos comunes. En primer lugar estaban los religiosos; pero la preeminencia del pontífice declinaba mas cada dia, y el choque de las opiniones literarias ó populares acabó por dividir la Europa en católica y no católica. Muchas veces tuvieron aun los Estados que ponerse de acuerdo para rachazar las amenazas de los Turcos, las cuales eran un obstáculo al movimiento de aquel tiempo hácia la monarquía, como la Rusia lo es en el de hoy hácia la república.

Las colonias, diademas de oro de los reinos de Europa, determinan sus alianzas ó sus enemistades; las metrópolis se resentien de ello, principalmente de las medidas de economía política, y el poder marítimo se aumenta de tal modo que las guerras no se deciden ya solamente por las batallas terrestres.

Mayor atención reclaman el desarrollo del pensamiento y los fáciles medios de comunicarlo por el estudio de las lenguas, por la imprenta y por los correos: de donde nace que la civilización se nivela en diversos países, las invenciones del uno llegan á ser comunes á todos, y ya no es un nombre vacío de sentido el de república literaria europea. No contenta esta con progresar, quiere tambien extender el progreso por todo el mundo, y las colonias recientemente establecidas en países últimamente descubiertos se convierten en nuevos focos de civilización.

Pero la civilización conserva todavía en su naturaleza algo de la índole originaria; de modo que hasta en los accidentes en que ménos podria esperarse, se observa que no ha desaparecido el antagonismo entre los países meridionales de estirpe romana y los septentrionales de raza germánica. Entretanto al Occidente se encuentran las cinco potencias que han llevado mas adelante la civilización; mientras que hácia Levante las eslavas, ocupadas en arrojar de su país los restos de los Bárbaros y evitar nuevas invasiones, progresan con lentitud.

La constitución interior de cada Estado no es completa todavía, y en algunos han perecido las buenas instituciones que servian de correctivo á los abusos. El fraccionamiento de los países, las leyes suntuarias y prohibitivas, los pactos comunes, las prohibiciones y los privilegios permanecen aun bajo los gobiernos nuevos; pero sin las correcciones, que no el buen sentido, sino el tiempo y la fuerza de las circunstancias habian colocado á su lado. Entre los pueblos de raza germánica el gobierno traía su origen de la igualdad de muchos jefes que se reunian para la guerra bajo el mando de uno solo, con el vínculo de la lealtad. Tal lo habian trasplantado á los países que conquistaron; de modo que por todas partes se encontraba un príncipe con una nobleza alta y baja

Constitución interior de los Estados.

y con un clero mas ó ménos poderoso, formando el primer cuerpo del Estado, exento de impuestos, y participante en diferentes grados del poder legislativo. En muchas partes quedaban todavía los villanos sujetos á las tierras, y en todas despojados de representacion civil; pero los Comunes sobrevivian en la clase média, la cual creció mediante la industria, y en algunos lugares habian obtenido para sus diputados voz en las asambleas, principalmente para votar las contribuciones.

En aquellos países hasta el rey dependia de los nobles, del clero, de las ciudades, mayormente cuando en los principios de los imperios centrales se ignoraba todavía la ciencia rentística, se tenían en pié escasos ejércitos, y los capitanes de aventureros, para vender bien sus propios servicios, mantenian la preocupacion de que valia mas la caballería que la infantería. Entonces los reyes, siempre escasos de dinero, y no estando sostenidos por buenos reglamentos administrativos, fundaban toda la economía pública en el arte de acumular dinero para expenderlo en la guerra. Pero atrayendo á sí las tropas y el tesoro, trataron de quitarse las trabas que les sujetaban, sometiendo á las leyes hasta los mismos grandes y disminuyendo su dependencia de Roma.

Las libertades de los siglos anteriores eran los privilegios de pocos, y se hacía preciso que cayesen para hacer lugar á la igualdad de todos; en su consecuencia sucumbieron las aristocracias, porque se oponian al pertinaz intento de los reyes de consolidar la monarquía.

Al abrir esta época encontramos la Escandinavia trastornada por la union de Calmar, y extraña al movimiento de las potencias europeas. La Polonia, anillo entre estas y la Rusia, prepondera sobre los Eslavos, amenaza á los pueblos que un día la aniquilarán, cuando las formas de un gobierno bárbaro la hayan precipitado en el desorden. Los Rusos, apenas libres del yugo tártaro, viven todavía fieramente en cabañas, sin participar de la política de Occidente. Los Húngaros acampan cual centinela avanzado de Europa contra los Turcos, y aquellos y los Bohemos resistiendo á estos hubieran podido engrandecerse; pero en vez de ayudarse se buscan con la espada y divagan entre Polonia y Austria, entre la servidumbre eslava y la alemana, hasta que entrambos quedan sometidos á esta.

España ha arrojado de su territorio á los Moros, y en el entusiasmo de aquel triunfo se lanza con tal ímpetu, que le parece estrecho el Antiguo Mundo. Acostumbrada á invocar las memorias antiguas se adhiere á ellas tenazmente, y rechaza las innovaciones venidas de Europa, con la firmeza con que habia rechazado las que vinieron de África. Pero la reunion de todos sus reinos en uno solo, así como habia dado fuerza á los reyes para dejarla libre de invasores extranjeros así les dió confianza

para derribar las córtes y los privilegios, y hacerse déspotas, principalmente instituyendo la Inquisicion. No contento Portugal con haber expulsado los Moros, los combatió en África, y con portentosa actividad extiende la religion y el comercio hasta las extremidades de la tierra.

En Francia los bienes de los reyes que morian sin hijos recaían en la corona, y así crecía su poder. Los barones, en vez de hacer la guerra al rey, le rendian sus obsequios; de modo que los extranjeros, en lugar de aquellos duques que en otro tiempo les abrian paso para entrar en el reino, hubiesen encontrado robustos antemurales. En fin, gracias á los patrimonios, las baronías estaban en los príncipes de la sangre que con la esperanza de poder subir al trono algun día se guardaban de debilitarlo. Los Estados de los barones no se fraccionaban como en Alemania é Italia, sino que unidos se transmitian al primogénito, dedicando á las armas los demas hermanos (1). Así llegó á ser poderoso aquel reino: con Carlos el Temerario pereció el último gran vasallo (2): Carlos VIII por su matrimonio adquirió la Bretaña y pretendia la Italia; los Estados Generales perdian su energía, y el rey hacía cuanto queria; de modo que la Francia aunque nada poseía en lo exterior, como estaba en medio de la Europa y habia heredado el espíritu de conquista de Carlos de Borgoña, hizo desconfiar á las potencias rivales.

En Inglaterra las facciones de la Rosa blanca y de la encarnada, mataron ó debilitaron hasta tal punto la nobleza, que en el parlamento del año que precedió á las hostilidades, se sentaban en la Cámara Alta cincuenta y tres pares ademas de los obispos, y en el primero que reunió Enrique VII solo se encontraron veinticinco. Este príncipe consiguió establecer la monarquía absoluta, sin que estuviere contrabalanceada por el parlamento, quitando á los nobles el poder militar, las sustituciones y el derecho de asilo, y procurando la unidad territorial sometiendo la Irlanda á la política inglesa, y preparando tambien la union de la Escocia con el matrimonio de Jacobo IV con su hija. La Inglaterra tenía un pié sobre el suelo frances; pero estaba muy léjos del comercio activo y del dominio de los mares que son su esencia.

Las causas de la grandeza de estas naciones faltan á la Italia, la cual no conquista países nuevos, ni consolida la autoridad central, pero se eleva sobre todas por su cultura, sus artes, y su opulencia: allí están los restos todavía vitales de la antigua civilizacion; allí el pontí-

(1) MAQUIAVELO, *Ritratti delle cose della Francia*.

(2) El ducado de Borgoña comprendia casi la nona parte de la Francia moderna, extendiéndose á 30 leguas desde Bar sobre el Sena, hasta Miribel cerca de Lion, y 30 de anchura desde Auxonne hasta Vecelay, esto es, cerca de 120 leguas de superficie. Aunque se reunió á la corona en 1477, se regia sin embargo como provincia distinta, con administracion, derechos y privilegios propios. Sus territorios formaron despues los departamentos de Ain, la Costa de Oro, Saona-y-Loira, Yonne, y parte del Aube y del Alto-Saona.

fice, que es el nervio de la nueva; allí la sábia agricultura, el extenso comercio y el lujo refinado. Pero el carácter nacional, perdiendo su vigor, no deja ninguna opinion comun que reuna el país cuando vengan á disputárselo los Franceses, Españoles y Turcos, con igual astucia y fiereza.

Aumentaba las dificultades respecto á la situacion del papa la cualidad de príncipe terreno y de cabeza de la Cristiandad. Poder fundado todo sobre la opinion, por lo cual se dividió cuando esta vaciló; pero con su arte antiguo de esperar y de no ceder jamás, aun cuando pierda, se rehace al fin de sus momentáneos reveses.

En Alemania, excepto la Bula de Oro y los pactos que se estipulaban en cada eleccion, nada determinaba los derechos del imperio; y mientras la dignidad imperial ofrecia mil medios de engrandecerse á un emperador ambicioso, los Estados se negaban á secundarle, y ni aun en las necesidades le proporcionaban armas y dinero. Los principados entre quienes estaba repartido el imperio, lo reducian á una especie de federacion, pero se debilitaba por las subdivisiones (1): todavía subsistian muchos señores bajo la inmediata dependencia del emperador y algunas ciudades libres en todo ó en parte, principalmente al Mediodía. Su riqueza las hacía importantes, y mucho mas si se confederaban con el Ansa del Norte ó con la Liga suaba del Sud; tenían milicias vecinales, y asalariaban tropas de bastante consideracion cuando todavía eran muy pocas las regulares (2). Entre estos Estados diferentes en cons-

(1) La historia de las diferentes casas de príncipes de la Alemania en aquella época ocupa casi enteramente los tomos XIV, XV y XVI del *Cursó de historia de los Estados europeos* de Schöll, y es muy importante para las sucesivas transacciones políticas. Como esta historia no podria de ningún modo entrar en nuestro cuadro, nos contentaremos con hacer conocer las casas que dominaban en tiempo de la Reforma.

I. Casa de Sajonia. Dos líneas. A, La *Ernestina* poseía el círculo de Sajonia con el Wittenberg y casi todo el Landgraviato de Turingia. B, La *Albertina* poseía el Landgraviato de Misnia y una parte de la Turingia.

II. Casa de Wittelsbach. A, rama principal subdividida en *a*, rama electoral que poseía el círculo del Rhin, y en *b*, rama de *Simmern*, subdividida en Dos-Puentes y Feldeuz. B, rama menor ó casa de Baviera.

III. Casa de Brandeburgo. A, rama electoral, que poseía la marca de Brandeburgo. B, rama margravia, en la Franconia, subdividida en Culmbach y Anspach.

IV. Casa de Hesse de las mas poderosas.

V. Casa de Mecklenburgo.

VI. Casa de Brunswick. A, rama de Luneburgo. B, rama Wolfenbuttel, ademas de la rama mayor de Grubenhagen.

VII. Casa de Württemberg, que de condado se hizo ducado en 1495.

VIII. Casa de Bادن, subdividida en 1527 en Baden y Durlach.

IX. Casa ducal de Pomerania.

X. Casa de Cleves, ambas extinguidas.

(2) MAQUIAVELO (*Ritratti delle cose d'Alemagna*) escribe así:

«Nadie debe dudar del poder de Alemania, porque tiene abundancia de hombres, riquezas y armas. En cuanto á sus riquezas, no hay comunidad que no tenga dinero sobrante en su tesoro, y todos dicen que solo Argentina tiene algunos millones de florines. Esto nace de que no hacen mas gastos que los necesarios para tener las provisiones indispensables, y cuando han consumido parte de ellas, gastan muy poco en re-

titucion y desiguales en fuerzas, las ciudades, los nobles y la mayor parte de los príncipes no tenían voto en la eleccion del emperador, y sufrían todos los inconvenientes de la division, aun cuando los tuviese unidos todavía la comunidad de origen y de idioma y la memoria de un tiempo en que el rey dominaba á todos.

En medio de ellos se habia elevado la casa de Austria, que á causa de su posicion y tenacidad, pudo prevalecer y casi convertir el imperio en su patrimonio; en cuya administracion no trató tanto de mantener su dignidad como el aumento de su herencia doméstica. Investido estaba ya Maximiliano de ella, pues á los treinta y cuatro años habia heredado de su padre el Austria, la Estiria, la Carintia y la Carniola; de su primo Sigismundo las posesiones de la otra rama austriaca, esto es, el Tirol la Suabia y la Alsacia, y por su matrimonio la Borgoña, Brisgau y Sudgau, que despues cedió á su hijo Felipe apenas este llegó á los diez y seis años.

Hermoso, de vivos y agradables modales, amante de las letras y las artes, escribía, pintaba, y conocia la música, la arquitectura, la metalurgia, la geografía, la historia, y aprendida una cosa, jamás la olvidaba. Tuvo afición á la guerra, y á instancias de Jorge Freunberg, organizó los ejércitos é inventó los *lanzknecht*, infantería permanente, ordenada en regimientos, armada de picas, y secundada por los *reitres* á caballo. Atrevido hasta llegar á ser temerario, generoso hasta la prodigalidad, se extraviaba cazando las gamuzas por las breñas del Tirol. Mas caballeresco que todos los de su familia, amó con todo su corazón á María de Borgoña, y habiéndola perdido despues de una breve union, la lloró siempre. Manifestó mucho respeto hácia su padre, aunque lo merecia poco, y habiéndole ofrecido este una cesta de frutas y una bolsa de oro, aceptó la primera y repartió la segunda entre los suyos. *Este será un dissipador*, exclamó su

pararlas, guardando en ello un órden admirable, porque siempre tienen los artículos de comer, beber y arder que el público necesita para un año; y de este modo procuran con su industria tener lo suficiente para sustentar en caso de sitio á la plebe y á los que viven de su trabajo por espacio de un año entero, sin que por esto experimenten la menor pérdida. No gastan en mantener soldados, porque tienen sus hombres armados y ejercitados. Los días de fiesta, en vez de otras diversiones, acostumbran á entretenerse unos manejando la escopeta, otros la pica, estos una arma, aquellos otra, apostando honores y otras cosas semejantes, que son para ellos muy apreciables. Gastan poco en salarios y otras cosas, de modo que cada comunidad es rica, considerada públicamente.

» La causa de que estos pueblos sean tambien ricos en particular, es porque viven como pobres; no edifican ni visten lujosamente, ni tienen alhajas en sus casas. Les basta estar provistos abundantemente de pan, carne y leña para una estufa que les quita el frio; y quien carece de otras cosas, pasa sin ellas y no las busca. Se gastan en el vestido dos florines en diez años, y cada uno vive en proporcion segun su categoría; ninguno piensa en lo que le falta, sino en aquello de que tiene absoluta necesidad, y sus necesidades son mucho menores que las nuestras...

» De este modo gozan en su rústica vida y libertad; pero no quieren ir á la guerra, como no se les pague con anticipacion, y aun esto no basta si no van mandados por sus comunidades. Sin embargo, necesitan mucho mas dinero para los gastos de un emperador que para otro príncipe.

Maximiliano I.
1493-
1519.

padre, y el contestó: *No quiero ser rey del oro, sino de los que lo poseen.*

Frase copiada y fuera de su lugar, cuando los tiempos caballerescos cedían su puesto al predominio del oro. Precisamente porque tenía escasez de él, Maximiliano nunca figuró. Cuando fué á casarse con María de Borgoña, esta tuvo que renovar sus vestidos para que pudiera presentarse con decencia. Prometido luego de Ana de Bretaña, no pudo verificar su matrimonio por no encontrar 1,000 escudos. Para tomar 300,000 de dote, casó con Blanca de Esforcia, y aceptó de Enrique VIII el sueldo de cien coronas diarias (1) por combatir á Francia: vendía por dinero los privilegios, los derechos de legitimar bastardos, y hasta de crear poetas (2); y sin embargo de tanta penuria, jamás quiso tomar nada del tesoro y de las alhajas que le habían dejado sus abuelos.

El mal éxito de sus empresas le hizo aparecer casi ridículo en la historia. Descontentos los Países Bajos de sus tropas extranjeras, se sublevaron, y teniéndole sitiado muchas días en Brújas, en casa de un boticario, no le dejaron en libertad hasta que juró las condiciones que le impusieron. Otros le hicieron sufrir afrentas personales, y él se contentaba con anotarlas en su *libro rojo*, sin tomar ninguna otra disposición.

Güéldres y la Frisia no se consideraban como unidas al imperio, y los podestás que mandaba el emperador á aquellos países, solo eran bien vistos si favorecían al pueblo. Pero habiendo concedido Maximiliano esta dignidad hereditariamente al duque de Sajonia, lo expulsaron y se pusieron bajo la protección de Carlos, duque de Güéldres. De aquí resultó una guerra, que Maximiliano tuvo que interrumpir para llevarla á la Suiza. Esta se había unido á la liga de Brunnen para defender su libertad, sin romper por ello los lazos que la unían al imperio, el cual de vez en cuando solía enviarle algún decreto que los Suizos no obedecían. Maximiliano comprendía la necesidad de tenerlos unidos al imperio por medio de una confederación con las ciudades de Suabia; pero tenían muchos motivos de disgusto y tomaron las armas.

« No me provoquéis, ó iré á buscaros, decía á los enviados de los Grisones. Evitese Vuestra Majestad esa molestia, le respondieron; porque los nuestros, como gente grosera que es, conocen poco el respeto que se debe á las coronas. » En efecto, le derrotaron en Engadina, y pidieron auxilio á los Suizos, lo que le obligó á tratar con ellos por mediación del duque de Milan, y así como las primeras victorias los habían emancipado del yugo de la

(1) La corona ó escudo de Francia equivale á seis francos.

(2) En 3 de agosto de 1501 concedió á Urbano Terralunga de Alba, consejero del marques de Monferrato, « ut facere, creare et instituere possit poetas laureatos, ac quoscumque qui in liberatibus artibus, ac maxime in carminibus, adeo profecerint, ut promoveri ad poetice et laureatum merito possint. » Ap. TIRABOSCHI, t. VII, pág. 1823.

casa de Austria, estas los libraron de la dominación del imperio. Para completar su emancipación, se unieron á la Francia, suministrándole tropas en sus guerras.

Ya Federico III había conocido la necesidad de dar una regla al imperio, lo que se efectuó en tiempo de Maximiliano. La dieta de Worms le presentó tres proyectos: el primero de una paz pública, el segundo de una cámara imperial, tribunal supremo de justicia, y el tercero de un consejo de gobierno, llamado regencia del imperio. Conforme al primer proyecto, se publicó la *paz perpétua*, prohibiendo todo desafío, bajo la pena de ser desterrado del imperio, pagar 2,000 marcos de oro, y perder privilegios, derechos, feudos y créditos, y amenazando con igual castigo á todo el que protegiese ó diese asilo á un perturbador de la tranquilidad pública; cada cual debía comparecer ante los tribunales y aguardar su decisión.

También se instituyó una cámara imperial, compuesta de un juez, príncipe, conde ó baron, eclesiástico, ó lego, y de diez y seis asesores, de los cuales ocho, á lo ménos, eran caballeros, y ocho doctores, nombrados por el emperador, á propuesta de los Estados. Esta cámara debía decidir en primera instancia y á pluralidad de votos, según el derecho común, las causas de los miembros inmediatos del imperio, sin restringir la jurisdicción de los Estados sobre los súbditos. Fijó su residencia en Francfort, y el emperador consintió en que la sentencia de destierro se pronunciase por ella; de manera que en el tribunal supremo del imperio una parte pertenecía á la ciencia y otra á la elección.

Pareció al príncipe que el tercer proyecto vulneraba los privilegios reales; pero cuando, en ocasión de una nueva necesidad de subsidios para la guerra de Italia, fué propuesto otra vez por los Estados, Maximiliano convino en la creación del consejo de regencia, encargado de velar sobre la cámara imperial, y cuidar de que se ejecutasen los decretos de esta, relativos á la paz pública; además, deliberaría acerca de los asuntos que ántes se sometían á la dieta, y convocaría en los casos extraordinarios al emperador, á los seis electores, y á doce príncipes eclesiásticos y seculares. Estaba compuesto de veinte individuos, un elector, un príncipe eclesiástico y otro secular, cinco consejeros nombrados por los electores, un conde, un prelado, dos diputados de las ciudades, uno de los Estados de Austria y otro de los de Borgoña. Los seis restantes eran elegidos por el imperio, dividido en los círculos de Franconia, Baviera, Suabia, el Alto Rhin, el Bajo Rhin con la Westfalia, y la Sajonia.

El emperador creía que le sería más fácil dirigir á veinte señores que á ciento; pero los disgustos no tardaron en nacer: los Estados no comprendidos se quejaron, y negaron el impuesto establecido para el mantenimiento de aquellos; disolvieronse pues, y desde el año 1502 no hubo allí consejo de regencia ni cámara imperial.

Cámara-
áulica.

Maximiliano, en vista del grande aumento de sus Estados hereditarios, había instituido una cámara áulica para distribuir la justicia suprema, y emitir su dictamen en los casos de gracia y administración. Á veces la consultaba también en los asuntos generales de Alemania, y la encargaba dirimir las diferencias entre los Estados del imperio, y decidir las apelaciones de los súbditos de los príncipes. Con el trascurso de los tiempos, este consejo llegó á ser el tribunal supremo del imperio, en oposición á la cámara imperial, y se ocupó enteramente en sostener las prerogativas reales.

Algun tiempo despues, á fin de dar mejor organización al imperio, se le distribuyó en diez círculos; agregando á los cinco que ya existían, el círculo electoral del Rhin, que comprendía los tres electores eclesiásticos y el palatino; el círculo de la Alta Sajonia, esto es, los electores de Sajonia y de Brandeburgo, con los duques de Sajonia, de Pomerania, de Mecklemburgo, y los príncipes de Anhalt; la Baja Sajonia, es decir, el antiguo círculo de Sajonia; en fin, las posesiones hereditarias del emperador y las del rey de España, constituían los círculos de Austria y de Borgoña: la Prusia y la Bohemia quedaron fuera de esta división geográfica. Cada círculo tuvo un capitán y algunos consejeros, para velar por la paz pública, y ejecutar las sentencias de la cámara imperial.

CAPÍTULO II

Italia. — Savonarola.

La Italia, blanco de las miradas y deseos de los extranjeros, se convirtió en palestra de las ambiciones y de los intereses, y los movimientos de toda la política europea recibieron de ella un secreto impulso (1). Había caminado allí la civilización á pasos de gigante, y los extranjeros, á la manera que iban devotamente á visitar la mansión de los Apóstoles, acudían también, cual peregrinos de la inteligencia, á buscar allí inspiraciones, ejemplos, ardor en las indagaciones literarias, libertad en las discusiones, experiencia en las franquicias políticas, iluminando luego á su patria con los rayos de que Italia era el foco. El amor á las letras era reputado un deber de los príncipes; Cosme, padre de la patria, tenía cuarenta y cinco copistas para proveer de libros su biblioteca, y Lorenzo de Médicis reunía lo selecto de los sabios, hacía cantar por la calle versos que componía, dirigía mascaradas, y se mostraba

(1) Los historiadores de esta época son los grandes escritores Guicciardini, Varchi, Escipion Ammirato, Jacopo Nardi, Maquiavelo, Pablo Jovio, Pedro Bembo, etc. Felipe de Comines refiere admirablemente la expedición francesa: véase la edición hecha por la *Sociedad de la Historia de Francia*. Paris, Ranouard, 1840-43. La importancia y el número de las cartas y de las relaciones de embajadores, etc., se aumentan, distinguiéndose entre ellas las de Maquiavelo.

verdaderamente *magnífico* en toda su conducta. El rey de Nápoles reclamaba de él, como precio de la reconciliación, un hermoso manuscrito de Tito Livio. Federico, duque de Urbino, contaba en Florencia y otros puntos cuarenta amanuenses, y gastó en solo copias 30,000 ducados. Francisco Esforcia enviaba á Toscana personas con encargo de comprar para él cuantos libros lo mereciesen, y de reunir todos los escritores posibles. Los fugitivos griegos, al mismo tiempo que educaban á los príncipes, llevaban misiones diplomáticas y concluían tratados. En la corte de Luis el Moro se reunían los ingenios más notables; el arquitecto Bramante, el músico Franchino Gaffuri, el matemático Lucas Paciolo; Gabriel Pirovano y Ambrosio Varese, médicos y astrólogos; el pintor Leonardo de Vinci, que era además cuanto quería ser; los literatos Demetrio Calcondila, Jorge y Julio Merula, Alejandro Minuziano, Julio Emilio Ferrari; el historiador y jurisconsulto Donato Bossi; Portico Virunio, erudito y hombre de Estado, entonaban á porfía las alabanzas de aquel príncipe; el Florentino Bernardo Bellincioni era su poeta laureado; Bernardino Corise y Tristan Calco, sus historiadores. Andres Cornazano cantó en tercetos el arte militar; Bartolomé Calchi, Tomas Piatti y Jacobo Anticuario favorecían las letras, rivalizando con su señor, el cual fundó la universidad de Pavia, y no pasaba día sin hacerse leer algún libro de historia.

El menor suceso proporcionaba motivo para fiestas y ceremonias en que desplegar el lujo y el buen gusto; el estudio de la antigüedad contribuía á que se puliesen los escritos y se hermoseasen los edificios, sin sujetarlos á una imitación servil.

Los Italianos, ricos, ocupados en las artes, en las industrias y en el comercio, no tenían tiempo ni deseo de alistarse como soldados, y preferían comprarlos, cual si fuesen mercaderías de las Arabia y de la India; gente sin moral, porque peleaba por oficio, y cuya bajeza envilecía cada vez más la carrera de las armas. Solo algunos pequeños señores continuaban dedicándose á ella, como noble ejercicio de mando; de donde resultaba que la guerra no se hacía con encarnizamiento, sino con cierta cortesanía, cuidándose mucho de evitar la efusión de sangre. Esto prolongaba las hostilidades: el oro solamente estaba en juego, y las probabilidades de parte del más rico ó del más péfido, sin que la victoria dejase al vencido aniquilado, pues conseguía reponerse por medio de la astucia. Las inevitables turbulencias de los municipios habían hecho que los nobles eligiesen uno de los suyos, el cual les asegurase el medio de oprimir al pueblo, ó que el pueblo confiase á alguno su soberanía, á fin de evitar la opresión. Y como es más fácil contentar al que no quiere ser oprimido que al que desea oprimir, los tiranuelos se mostraban favorables al pueblo y lo tomaban bajo su pro-